



Entre los 340 voluntarios en la parroquia hay varios musulmanes

El único techo para los migrantes descartados

Un templo de Barcelona acoge a los extranjeros que abandona el Estado al cumplir 18 años

Estos días, **Carlos Mazón** ha llegado a un acuerdo con Vox para aprobar los presupuestos autonómicos a cambio, entre otras cosas, de “eliminar todas las subvenciones a las ONG que ofrezcan apoyo a la inmigración ilegal”, reiterando que “la Comunidad Valenciana no aceptará ni un mena [menor extranjero no acompañado] más”. A la vez, el Gobierno **Pedro Sánchez** y Junts han pactado que, de los 4.000 menores inmigrantes que permanecen solos y que deberán ubicarse por todo el país, a Cataluña irán como mucho 30.

Mientras, en la parroquia barcelonesa de Santa Anna se vive una realidad opuesta. Como explica a *Vida Nueva* su párroco, **Peio Sánchez**, “somos un hospital de campaña que lleva ocho años con las puer-

tas abiertas a diario”. Tal ola fraterna es posible gracias a 340 voluntarios de diversos perfiles: sanitarios, docentes, psicólogos, peluqueros, jóvenes, jubilados... Gracias a una pasión común por caminar al lado de quien sufre, “en 2024 pasaron por aquí más de 2.500 personas que acompañamos en los servicios del comedor, las duchas o el ropero, recibiendo también atención médica, apoyo en salud mental u orientación laboral”.

En ese acompañamiento integral, ponen en marcha “desde hogares de acogida hasta equipos deportivos”, siendo claves “el seguimiento social o el soporte espiritual”. Una tarea que, para Sánchez, “solo es posible por una comunidad amplia de creyentes y no creyentes, y donde contamos

también con algunos amigos musulmanes”.

En las últimas semanas, atienden a jóvenes inmigrantes tutelados en Canarias mientras eran menores de edad y que, al cumplir los 18 años, se ven en la calles. Una historia que personaliza en **Omar y Lamin**, que “llegaron al atardecer hace unos días. Poco antes se habían enterado de que, alcanzada la mayoría de edad, ya no tenían derecho a ser acogidos ni a tener la documentación en regla”.

De pronto, en la calle

De pronto, “les dijeron que les dejarían en Barcelona, ciudad de la que solo conocían el Barça”. Sin margen para asimilar la situación, “la educadora del centro de acogida de la entidad de Servicios Sociales que había tenido su custodia por delegación del Gobierno canario les abandonó en el aeropuerto del Prat”. Sánchez pone en valor que “no eran dos migrantes... Eran Omar y Lamin”. Y es que, “cuando se habla de porcentajes de migrantes que llegan, que mueren en el trayecto o que deambulan por nuestras calles, se olvida que tienen

nombre. Citarlo nos recuerda su dignidad personal que Dios nos ha regalado, que los tantas veces olvidados derechos humanos sellan jurídicamente y que tapamos tras conceptos abstractos o cifras para después adobarlos con la ideología de turno”.

Además, el suyo es un caso especial: “Se conocieron en Canarias en el centro educativo, pero ya tenían muchas cosas en común. Los dos eran de Gambia y nacieron el mismo día, el 22 de febrero de 2007. Sus madres les dejaron salir de su tierra tras una dura sequía que les impedía sostenerlos y los dos llegaron en pateras diferentes tras ocho días de incierta travesía por el mar”. El sacerdote valora que “el mar deja heridas en el cuerpo, pues el agua salada va llogando las piernas sumergidas durante horas y horas en un barco inundado. Pero también deja heridas en el alma... Más de año y medio después, siguen despertándose cada noche con la pesadilla de que se están ahogando en las aguas oscuras”.

Les ayudó a salir adelante “todo lo que habían luchado. Omar trabajaba la tierra ayudando a su madre y ahora habla castellano. Lamin había estudiado idiomas y habla cuatro. Omar hizo cursos de ayudante de cocina y camarero. Lamin nos mostraba con orgullo sus diplomas de mozo de almacén y de auxiliar en mantenimiento. Su ilusión y meta es poder trabajar, pero les abandonaron sin documentación”.

Orgulloso de los dos, Sánchez explica que, cuando les conoció, “me asombró su cuidado aspecto, su hacerse responsables de la situación y su ilusión por encontrar un trabajo y poder vivir en esta tierra de las promesas incumplidas. También me admiró su amistad mutua, forjada en

“Mi gran vocación”

Si cada día la parroquia acoge a unas 400 personas, es posible gracias al compromiso de voluntarios como **Montserrat Pérez**. Dermatóloga jubilada, cuenta a *Vida Nueva* cómo “me dediqué en su mayor parte a trabajar con personas con lepra, creando una ONG con la que fui decenas de veces a la India... Pero nunca nada me tocó tanto por dentro como el día en que pasé por Santa Anna y vi la cola de gente que estaba esperando para entrar en la iglesia. Mi trabajo fue mi misión, pero, en los cinco años que llevo como voluntaria aquí, desde ese día, he encontrado mi gran vocación”.

Junto a otros 60 médicos, “impulsamos en Santa Anna el programa ‘Salud sin techo’, donde ofrecemos cobertura sanitaria a todos los que entran por la puerta. Lo mejor es que aquí tengo tiempo para hablar con la gente y ver su profunda humanidad y cercanía”. Lo mismo que con otra iniciativa que han puesto en marcha desde hace dos años: “Una unidad móvil por la que vamos a las puertas de cuatro comedores sociales de Barcelona, atendiendo también a todos”. En total, “en 2024 atendimos a 1.950 personas. 1.700 solo vinieron una vez... Los que repitieron fue, simplemente, para regalarnos su sonrisa”. Así, “cuando me llegue el día de morir, como **Casaldáliga**, espero poder decir que mis manos están llenas de los rostros de esas personas a las que acompañé”.

la desgracia. Comparten los alimentos y los pocos euros que les ofrecemos para ir sobreviviendo”. Su situación no es fácil, pues “duermen en un alberque municipal. Desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde, en que este cierra, están con nosotros”. Un tiempo en el que buscan ofrecerles un acompañamiento integral, siendo “la urgencia de reactivar la renovación de sus permisos de residencia y de trabajo. Todavía nos quedan unos días para que no se queden en la calle, como las 400 personas que atendemos cada día”.

Dos sagrarios

En este sentido, “acogerles renueva el compromiso de acompañar a los heridos de todo tipo. Por la puerta de la iglesia entran sin distinción los que vienen a misa y los que se quedan para comer o curar sus llagas. Y tenemos dos sagrarios: el de la Eucaristía y el de los pobres, ambos en el centro de un templo donde vivimos cada día el misterio de la encarnación de Dios en la carne de tantos amigos sin techo”.

Así, continúan el legado de la religiosa **Viqui Molins**, recientemente fallecida e “inspiradora de esta respuesta”: “Ella nos pidió que continuáramos con



Un equipo médico ofrece atención primaria a cualquiera que lo necesite

‘los nuestros’: las personas sin hogar, los migrantes indocumentados, las mujeres heridas o los presos solitarios”. Un compromiso en el que se nutren del Evangelio: “Cuando **Pablo** dice que **Jesús** nos hace hijos en el Hijo, aquí hemos aprendido este misterio de adopción filial. Omar y Lamin nos han adoptado en su desesperación y nosotros nos hemos dejado adoptar”.

Por todo, Omar da las gracias: “En Canarias pasamos un año y cuatro meses, pero, el día de nuestro cumpleaños, sin margen para nada, nos trajeron a Barcelona. Aquí, en la parroquia, estamos muy bien, nos dan mucho. Nos levantamos y venimos a desayunar, pasando todo el día con ellos hasta que por la noche tenemos que volver a dormir al albergue”.

MIGUEL ÁNGEL MALAVIA.

FOTOS: LLUÍS RUGAMA